

Presentación

La fecha de 1898 representó en España para muchos intelectuales una aguda crisis de identidad. Con angustia o desconcierto se preguntaban: ¿Qué es España? Y es que, a principios del pasado siglo, España abarcaba aún políticamente gran parte de América. La España europea era sólo una mínima parte de su territorio. El nombre «España» designaba también Cuba, Puerto Rico, Venezuela, Bolivia, Guatemala, Colombia, Perú, Argentina, Chile, México, Florida, California, Filipinas.

Cuando se acerca el centenario de lo que constituyó para algunos españoles un trauma histórico, la ruptura con una historia de gran amplitud geográfica y proyección universal, nos preguntamos por la presencia filosófica de España en América y de América en España. Realizamos un sondeo en la rica tradición cultural del México colonial, al que se llamó Nueva España. Dirigimos nuestra mirada a autores representativos de los siglos XVI, XVII y XVIII.

Lo hacemos a través de las documentadas investigaciones de los profesores mexicanos Juan Manuel Campos, Laura Benítez, Bernabé Navarro y Mauricio Beuchot. Ha sido una gran suerte el poder contar con su colaboración. Desde su privilegiada situación nos presentan por distintos ángulos la filosofía que se elaboró en México durante tres siglos. Lo cual es indicio de lo que se realizó en otros lugares.

Una buena manera de tender puentes entre España y América puede ser la investigación de nuestra común herencia. No olvidemos que el recuerdo es siempre humanamente importante. Y ayer, entre otras cosas, fuimos la escolástica española de los siglos XVI y XVII, que supo reflexionar creadoramente en relación con los nuevos problemas que planteó el descubrimiento de nuevos mundos y que se trasplantó a América. En el ropaje adusto de la filosofía escolástica presenciamos el desarrollo de un rico humanismo integrador de lo español y lo indígena.

Las raíces de América se identifican con nuestra propia historia cultural. Una historia donde interviene la realidad paradójica que ha sido y es el hombre. Se filosofa para justificar el terror o la injusticia y para fundamentar los derechos naturales del hombre por encima de razas y culturas.

¿Sigue siendo esa tradición filosófica un válido interlocutor dentro de nuestra situación actual? En todo caso, nuestros filósofos, ajenos al pesimismo postmoderno respecto a la razón teórica y práctica, nos animan a renovar nuestra confianza en las posibilidades del hombre para conocer lo real y transformar el mundo.